

ZONA DE RIESGO

Notas centrales

*¿Última línea roja? El dilema
taiwanés*

*Multipolaridad o sumisión: el
dilema europeo*

*Deshielo de poder: la carrera
por el Ártico*



**¿Punto
sin retorno?
La fiebre del
rearme global**

EDICIÓN N.02



SUMARIO

04 ¿PUNTO SIN RETORNO? LA FIEBRE DEL REARME GLOBAL SE DISPARA

Cuando la guerra pasa a ser el gran negocio global para algunos

08 TRUMP Y PUTIN: AFINIDADES GEOESTRATÉGICAS EN UN MUNDO SIN ÁRBITRO

¿Por qué Trump y Putin se halagan mutuamente? ¿Qué cosmovisión de mundo comparten?

16 MULTIPOLARIDAD O SUMISIÓN: EL DILEMA EUROPEO

Europa y su crisis invisible: ¿puede un continente fragmentado sobrevivir a la multipolaridad?

27 DESHIELO DE PODER: LA CARRERA POR EL ÁRTICO

El hielo cede y las potencias corren: el Ártico se vuelve botín mundial.

34 ¿ÚLTIMA LÍNEA ROJA? EL DILEMA TAIWANÉS

¿Por qué China no ha recuperado Taiwán aún? Geopolítica Indo Pacífico y sus actores

42 HUMOR Y RECOMENDACION

Humor en redes y agradecimiento



POR EL EDITOR

No estamos ante una época de cambios. Estamos ante un cambio de época. Las reglas escritas tras la Segunda Guerra Mundial y reafirmadas tras la Guerra Fría se están reescribiendo en tiempo real, sin consensos ni árbitros. En esta segunda edición de Zona de Riesgo, te invitamos a leer el mundo como lo que realmente es: un tablero de fuerzas, relatos e intereses en colisión.

Mientras el Norte Global busca blindar sus privilegios y redefinir su papel frente al ascenso del Sur, las alianzas tradicionales se deshilachan. Europa se fragmenta desde dentro, Estados Unidos oscila entre repliegue y agresividad, y Rusia y China avanzan en proyectos estratégicos de largo aliento.

La guerra ya no es un evento; es un estado persistente, híbrido, económico, narrativo. La competencia por los recursos —del Ártico a África— se cruza con la batalla por los sentidos: quién nombra, quién calla, quién interpreta.

Desde nuestra primera edición, Zona de Riesgo se propuso más que informar: desenterrar lo que permanece oculto tras los titulares, conectar los puntos entre un ataque con misiles y un acuerdo logístico, entre un golpe militar y una nueva moneda regional. Hoy redoblamos esa apuesta.

Este número recorre las nuevas fronteras del conflicto: el Ártico que se derrite, pero no se desmilitariza; la afinidad geoestratégica entre Trump y Putin que reconfigura el orden sin necesidad de tratados; la crisis silenciosa de Europa como bloque; y el dilema de convertir la guerra en negocios, orientando la economía hacia ahí.

Seguimos sin fórmulas mágicas ni neutralidades ficticias. Solo pensamiento crítico, datos duros y análisis profundo. Porque comprender es prepararse. Y en este tiempo donde todo parece colapsar, **leer el poder** también es una forma de resistencia.



EDITOR JEFE

¿PUNTO SIN RETORNO?

LA FIEBRE DEL REARME GLOBAL SE DISPARA



POR EXEQUIEL TOMBA



HACIA UNA ECONOMÍA DE GUERRA GLOBAL

En una planta de ensamblaje de misiles en Tucson (Arizona), las líneas de producción no se detienen desde 2022. “Tenemos turnos de 16 horas y pedidos cerrados hasta 2027”, confiesa un operario de Raytheon en voz baja. Mientras tanto, en una fundición de acero militar en Lodz (Polonia), las máquinas trabajan de noche para abastecer a la OTAN.

No se trata de anécdotas aisladas. Las cifras globales apuntan a un giro estructural: en 2024, el gasto militar mundial alcanzó los 2,7 billones de dólares, con un crecimiento del 9,4 % respecto al año anterior. Es el décimo año consecutivo de aumentos, y representa el 2,5 % del PIB global. En conjunto, cinco países —EE. UU., China, Rusia, Alemania e India— concentran el 60 % de ese gasto.

Estos números no solo reflejan un auge armamentista: configuran lo que muchos expertos ya califican como una economía de guerra en marcha, donde la seguridad nacional se impone sobre cualquier otra prioridad presupuestaria. ¿El resultado? La guerra pasa a ser un negocio millonario para un puñado de actores industriales y financieros, y un costo silencioso para las grandes mayorías, que ven desviado el gasto público hacia el campo de batalla, pagando así demasiado **caro el costo de desentenderse de la política.**

Si bien hablar de una “tercera guerra mundial” puede parecer excesivo, los indicadores estratégicos, económicos y tecnológicos muestran que el mundo se aproxima peligrosamente a un punto de no retorno. No es que el conflicto sea inevitable, pero sí cada vez más probable si se mantienen las actuales lógicas de rearme, competición y repliegue geopolítico.



LAS CIFRAS DEL REARME

RÉCORD EN GASTO MILITAR

Según el Instituto Internacional de Estudios para la Paz de Estocolmo (SIPRI), el gasto militar global en 2024 fue de 2.718.000 millones de dólares, el mayor desde la Guerra Fría y con un crecimiento real del 9,4%. Más de 100 países incrementaron sus presupuestos de defensa ese año, priorizando la seguridad militar en detrimento de otras áreas como salud o educación. El gasto representa el 2,5% del PIB mundial y equivale, en promedio, al 7,1% de los presupuestos estatales.

En Europa, el aumento fue del 16%, con un total de 693.000 millones de dólares. Todos los países europeos —excepto Malta— incrementaron su inversión en defensa por tercer año consecutivo. Rusia, en plena guerra con Ucrania, destinó 149.000 millones (un 38% más que en 2023, lo que equivale al 7,1% de su PIB), mientras que Ucrania alcanzó los 64.700 millones de dólares, el 34% de su economía.

Estos datos reflejan cómo gobiernos y mercados confluyen en una “economía de guerra”: grandes partidas para defensa y armamento, que benefician a la industria bélica mientras reducen gastos sociales.

ENFERMERAS EN HUELGA, MISILES EN AUGE

En Polonia, miles de enfermeras salieron a la calle el 19 de noviembre de 2024 para exigir mejores condiciones y salarios, denunciando una grave escasez de personal sanitario que pone en riesgo la atención médica. Como lo relata el sindicato de enfermeras y parteras desde Varsovia, “exigen salarios dignos según su cualificación y eliminar las plantillas insuficientes” en hospitales públicos, donde muchos establecimientos enfrentan problemas estructurales para garantizar asistencia segura.

Pero esta dinámica no se queda en el plano estatal. El rearme presupuestario tiene un reflejo inmediato en los balances privados: cada dólar invertido en defensa alimenta una cadena de contratos, licitaciones y exportaciones que convierten a la industria armamentista en uno de los sectores más rentables del mundo actual.

LA FÁBRICA DE DIVIDENDOS



El dinero confirma lo que la propaganda apenas insinúa: las armas venden. Las 100 mayores compañías de defensa facturaron 632 000 millones de dólares en 2023, un incremento del 4,2 % sobre 2022 y del 19 % desde 2015. El auge es tan amplio que 73 de las 100 empresas mejoraron sus ingresos en un solo ejercicio; doce meses antes, esa marca la alcanzaban apenas 47.

El mapa de los beneficios es desigual pero nítido

- Estados Unidos domina con 41 firmas y 317 000 millones: Lockheed Martin, por sí sola, supera los 61 000 millones.
- Europa (27 compañías, sin Rusia) suma 133 000 millones; el empuje procede de fabricantes alemanes, suecos, ucranianos y polacos alimentados por la guerra en Ucrania —Navantia, en España, crece un 13 % con sus corbetas y fragatas.
- En Asia-Pacífico, los porcentajes se disparan: Corea del Sur +39 %, Japón +35 %; las cuatro mayores empresas surcoreanas ya rebasan los 11 000 millones.

América Latina tampoco se libra: en 2025 Brasil cerró con Arabia Saudí su mayor venta de blindados—2 000 millones de dólares—y Colombia sumó un 1,9 % extra al presupuesto para drones tácticos tras la tensión en el Darién. Al sur, los hospitales públicos de Buenos Aires suspenden cirugías por falta de insumos importados... mientras el país estrena su flamante lote de cazas F-16.

Detrás del repunte contable operan dos fuerzas gemelas. Primera: el flujo estable de contratos públicos, blindado por el miedo y las urgencias geopolíticas. Segunda: la narrativa oficial que normaliza el gasto y presenta cada alza presupuestaria como un seguro imprescindible. El resultado es un círculo virtuoso para el accionista y vicioso para la diplomacia: cuanto más factura el sector, más se percibe la amenaza; cuanto mayor la amenaza, más crecen los pedidos.

La consecuencia es clara: la guerra se consolida como modelo de negocio. Los estados afinan discursos de “disuasión” para la opinión pública, mientras los consejos de administración afinan previsiones de dividendo. Quién vence o pierde en el campo de batalla importa menos que el dato final de la hoja de resultados.





CUANDO LA GUERRA DEJA DE SER EXCEPCIÓN: LECCIONES DEL SIGLO XX

La conversión sostenida de la economía civil en aparato bélico no es nueva. Durante la Segunda Guerra Mundial las potencias aliadas y del Eje movilizaron hasta el 40% de su PIB para producir tanques, bombarderos y portaaviones. Al terminar el conflicto, EE. UU. no desmanteló por completo esa capacidad: el sociólogo C. Wright Mills señalaba ya en 1956 la existencia de una economía de guerra permanente de carácter privado, dependiente de contratos públicos para subsistir.

El diagnóstico se popularizó cuando el presidente Dwight D. Eisenhower advirtió en 1961 sobre la influencia del complejo militar-industrial: un triángulo de altos mandos, industria y legisladores que cosechaba beneficios de la tensión Este-Oeste. Aquella advertencia resultó premonitrice: a lo largo de la Guerra Fría, Washington y Moscú sostuvieron arsenales nucleares y ejércitos colosales que equivalían a entre el 5% y el 10% de su PIB.

George F. Kennan ironizaba en 1987 que, si la URSS desapareciera de repente, la economía estadounidense necesitaría inventar otro enemigo para evitar un shock.

El patrón se repitió con los petrodólares de los años 70. El encarecimiento del crudo duplicó el comercio mundial de armas y cuadruplicó las importaciones de Oriente Medio, donde varios estados llegaron a destinar hasta el 15% de su renta a defensa. Y regresó tras los atentados del 11-S: la guerra contra el terror abrió dos décadas de gasto militar récord, mientras contratistas privados acumulaban contratos multimillonarios en Irak y Afganistán.

La moraleja histórica es clara: cuando la producción de armamento se integra en la estructura económica, la paz se percibe como una amenaza a la prosperidad. La experiencia acumulada advierte que los incentivos para mantener la maquinaria bélica en marcha —empleo, innovación, poder político— actúan como freno a cualquier distensión duradera.

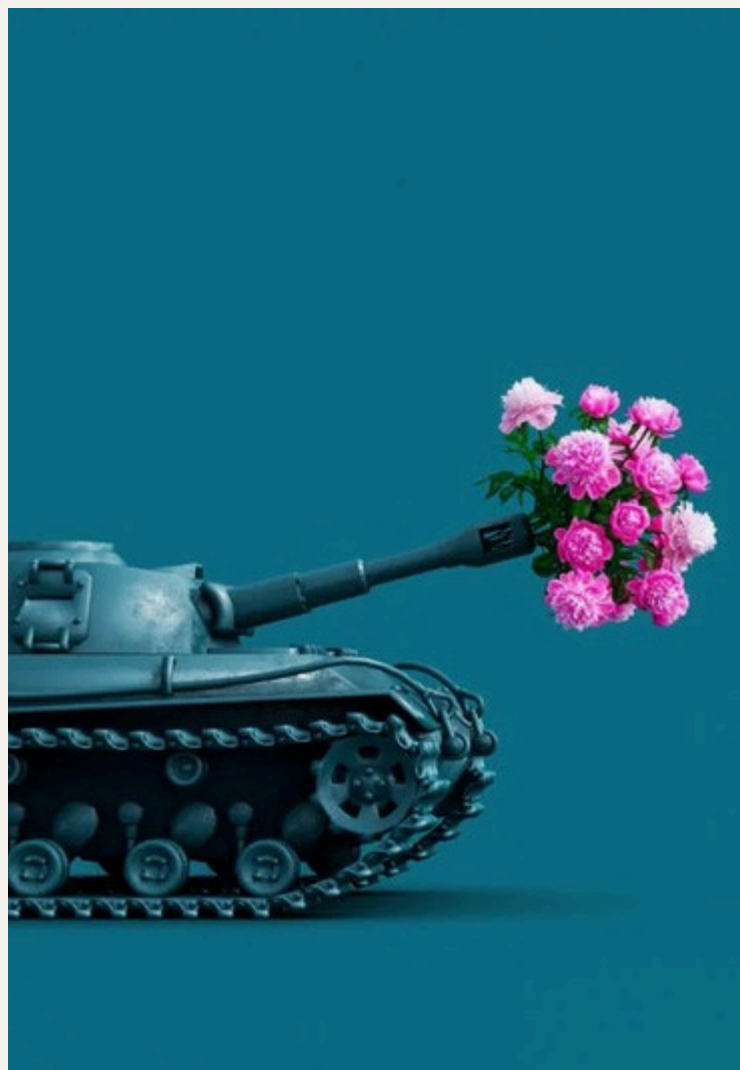
ENTRE EL RUGIDO DE LOS MISILES Y EL SUSURRO DE LA DIPLOMACIA

Como si estuviésemos ante la encrucijada de un viejo ferrocarril imperial, el mundo escucha el chirrido de dos vías que se abren en direcciones opuestas. En la primera, los trenes del rearme —cargados de acero, algoritmos letales y dividendos bursátiles— aceleran sin pausa. Su combustible es el miedo: cada misil financiado obliga a otro Estado a comprar uno más largo, más veloz, más caro. El viajero que se asome a la ventanilla distinguirá fábricas que trabajan de madrugada, ministerios que aprueban partidas de emergencia y hospitales que cierran alas enteras por falta de personal.

Al final de la línea aguarda la estación del choque frontal, donde las potencias negocian con fuego, lo que no supieron discutir con palabras.

La segunda vía serpentea, más lenta, por un paisaje menos cómodo y lleno de túneles diplomáticos. No promete utopías, pero sí el arte olvidado de la contención: tratados que limiten la voracidad de los complejos militares, presupuestos auditados por parlamentos despiertos, organismos multilaterales capaces de hablar por los ausentes. Sobre todo, exige algo que no cotiza en ningún parqué: la vigilancia obstinada de la ciudadanía, decidida a preguntar por qué un aula se cierra mientras un dron se abre paso en el horizonte.

Ambas sendas están trazadas, pero el aguja que decide el desvío no se mueve sola. Si la política abdica y deja el panel de control a la mecánica de los mercados de pólvora, la locomotora de la guerra acabará por arrastrar a todos —incluso a quienes venden los boletos. Recordemos, entonces, que el timbre de alarma sigue en manos públicas: basta una presión colectiva para frenar la marcha y preguntar, todavía a tiempo, qué destino queremos imprimir en el billete común de la Historia.



TRUMP Y PUTIN: AFINIDADES GEOESTRATÉGICAS EN UN MUNDO SIN ÁRBITRO



POR EXEQUIEL TOMBA

DE LA DIPLOMACIA AL MÚSCULO: EL PACTO TÁCITO ENTRE POTENCIAS



Hay épocas en las que las afinidades entre líderes no se explican por simpatías personales, sino por una lectura compartida del mundo. La sintonía entre Donald Trump y Vladimir Putin no es fruto del azar ni de una química personal amplificada por los medios. Es la expresión política de una visión del poder que, aunque aplicada desde trincheras distintas, coincide en un punto crucial: el mundo ya no necesita árbitros, sino jugadores decididos a defender su zona de influencia.

Ambos mandatarios irrumpen — o reaparecen— en escena en momentos de transición global. Pero más que adaptarse al nuevo tablero, pretenden redibujarlo. Ni Trump ni Putin creen en el multilateralismo como horizonte deseable.

Lo ven como un obstáculo. En su lugar, imaginan un orden multipolar duro, con potencias fuertes que negocian entre sí los límites de su autoridad sin intermediarios institucionales.

No es una idea nueva, pero sí una apuesta explícita. En esta arquitectura emergente, Estados Unidos (separado de Europa), Rusia, China y quizás India aparecen como polos con soberanía plena. Los demás actores —desde Latinoamérica hasta África o el Sudeste Asiático— serían parte de una “mayoría mundial” que no impone reglas, pero sí exige respeto.

En este contexto, la relación Washington–Moscú adquiere un carácter estratégico: no como alianza ideológica, sino como reconocimiento mutuo entre potencias que buscan rehacer las reglas de juego.



DESCONFIAR DE OCCIDENTE: UN PRINCIPIO COMPARTIDO



En el ideario que comparten Trump y Putin, el “orden liberal internacional” no es sinónimo de paz ni de estabilidad, sino de hipocresía institucionalizada. Para ambos, organismos como la OTAN o la Unión Europea no son árbitros neutrales, sino vehículos de injerencia que erosionan la soberanía de los Estados bajo la apariencia de normas compartidas.

Durante su primer mandato, Trump no ahorró descalificativos: calificó a la OTAN de “obsoleta”, acusó a la Unión Europea de “aprovecharse” de Estados Unidos y denunció los acuerdos multilaterales como frenos al interés nacional. No es solo retórica: su política exterior desarticuló buena parte del entramado institucional heredado de la posguerra, apostando, en cambio, por pactos bilaterales asimétricos.

Putin, por su parte, lleva más de una década denunciando lo que considera la doble vara de Occidente. En cada foro internacional repite el libreto: la intervención en Yugoslavia (1999), la guerra en Irak (2003), el bombardeo a Libia (2011).

Todas, acciones emprendidas sin mandato del Consejo de Seguridad de la ONU, y, por tanto, —según su visión— ilegítimas. En la Conferencia de Múnich de 2007, fue tajante: “El uso de la fuerza solo es legítimo si lo autoriza Naciones Unidas. No necesitamos sustituir la ONU por la OTAN o la UE”.

Esta crítica no se limita al plano diplomático. Ambos líderes atacan también los valores que Occidente considera universales: los derechos civiles, la diversidad cultural, la agenda ambiental. Putin ha legislado contra la “propaganda LGBT” como si se tratara de una defensa patriótica. Trump ha desmontado protecciones federales para colectivos minoritarios mientras niega abiertamente la urgencia del cambio climático, al que calificó de “engaño chino”.

El resultado es un cuestionamiento frontal al orden liberal occidental: sus reglas, sus valores, sus instituciones. En su lugar, emerge un modelo donde el poder real — militar, económico, territorial— justifica las decisiones



EL CARISMA DEL PODER DURO

En el universo simbólico de Trump y Putin, el liderazgo no se delega, se encarna. Ambos proyectan una imagen que excede la figura presidencial: son jefes de clan, arquitectos de un nuevo orden que no teme mostrarse áspero. Su autoridad se funda en una combinación de nacionalismo, confrontación y despliegue de poder duro. Pero sobre todo, en la convicción —implícita o explícita— de que las instituciones deben responder al líder, y no al revés.

Trump irrumpió en Washington como outsider y pronto se convirtió en el centro de gravedad del Partido Republicano. Recurrió con frecuencia a órdenes ejecutivas para sortear la parálisis legislativa, lo que tensionó la separación de poderes pese a los frenos que le impusieron tribunales y Congreso. Putin, por su parte, ha consolidado desde 2000 un régimen presidencialista fuertemente jerarquizado: aunque sigue equilibrando a siloviki, oligarcas y tecnócratas, la arquitectura del Kremlin opera en última instancia subordinada a su autoridad.

POLÍTICA DEL DESENCANTO

Ambos explotan el desencanto con las élites. Trump convirtió a los olvidados del “cinturón oxidado” en base electoral, denunciando a Washington como un pantano. Putin, tras el colapso soviético, canalizó el resentimiento colectivo hacia las promesas incumplidas del modelo occidental, ofreciendo estabilidad y grandeza a cambio de obediencia. Lo que los une no es la ideología, sino el instinto político: identifican la herida cultural de sus pueblos y la convierten en plataforma de poder.

Esa narrativa requiere enemigos. En el caso de Trump: la prensa liberal, los inmigrantes, los burócratas de Bruselas. En el caso de Putin: la OTAN, los oligarcas no alineados, los “agentes extranjeros”. Ambos comparten una retórica de asedio que justifica el autoritarismo con el argumento de la defensa nacional.

HARD POWER COMOLENTE

Para ambos, el **hard power** no es un recurso puntual, sino la lente a través de la cual se interpreta la realidad: la diplomacia se convierte en un pulso directo y la política, en un juego de suma cero donde todo se gana o se pierde de una vez. De ahí que, pese a sus diferencias de estilo, sus liderazgos confluyan en lo esencial: se autoperciben como los únicos capaces de mantener un país cohesionado en plena confrontación—bélica en el caso ruso, principalmente cultural y económica en el estadounidense—frente a adversarios, sean éstos tangibles o contruidos.



GEOPOLÍTICA SIN INTERMEDIARIOS: ACUERDOS ENTRE PARES

Cuando el liderazgo se encarna en figuras fuertes y desconfiadas del institucionalismo, los canales diplomáticos tradicionales se tornan prescindibles. Así ocurre con Trump y Putin, que han preferido siempre el contacto directo, sin terceros que medien ni aliados que incomoden. Para ellos, la geopolítica no es un foro, sino una sala cerrada con dos sillas: la suya y la del interlocutor. Todo lo demás estorba.

Por eso, la relación bilateral entre Estados Unidos y Rusia bajo la órbita de estos dos presidentes ha tenido momentos de extraña intimidad. Desde su regreso a la Casa Blanca, Trump impulsó una diplomacia de “mano firme”, apartando a Europa de las negociaciones sobre Ucrania y excluyendo incluso a Kiev de las primeras conversaciones exploratorias. Reconoció que la integración ucraniana a la OTAN “no era práctica” y que Crimea ya era un hecho consumado. El mensaje fue claro: los acuerdos duraderos no se logran en cumbres multilaterales, sino entre líderes que se respetan y se temen.

IMPACTO EN LOS MERCADOS ENERGÉTICOS

Este tipo de aproximación produjo efectos inmediatos. La sola posibilidad de un acuerdo Trump–Putin bastó para sacudir los mercados europeos: el precio del gas natural cayó un 6,2% ante la expectativa de que el flujo energético ruso pudiera normalizarse. En Washington, se llegó a discutir la reapertura del gasoducto Nord Stream 2 como “concesión estratégica”, a cambio de avances en la paz. Moscú lo interpretó como lo que era: una señal de que los tiempos del castigo habían terminado.

GIRO EN LA POLÍTICA HACIA UCRANIA

La pausa en el apoyo militar a Ucrania fue otro gesto inequívoco. Washington dejó de enviar armamento ofensivo, parcialmente, y moderó su retórica en foros internacionales, con el afán de negociar directamente con Putin, algo que venían pidiendo hace rato desde Moscú. Si bien al día de la fecha ya se reactivó el envío de armas, Trump logró delegar la defensa de Ucrania a Bruselas, para quien Kiev es una pieza imprescindible para la seguridad de su flanco oriental, la autonomía energética post-Rusia y la credibilidad del orden europeo basado en normas—intereses que superan con creces los de Washington. Para Rusia, significó un respiro táctico.

DIPLOMACIA EN LA SOMBRA: LA RED DE OLIGARCAS Y EMISARIOS

Pero detrás de esa diplomacia visible, existe otra capa más opaca y persistente: la de los vínculos informales entre élites. Una red de operadores empresariales, financieros e incluso vinculados a los servicios de inteligencia que flota por debajo de los canales oficiales, pero a menudo los precede o los sustituye. Esa dimensión paralela no es un secreto: es parte del método.

Trump no oculta su admiración por hombres de negocios que se mueven como estadistas. Durante su primer mandato —y también después— designó a emisarios sin formación diplomática, pero con acceso directo a los despachos que importan. Steve Witkoff, desarrollador inmobiliario de perfil bajo, fue uno de ellos. En sus propias palabras, había desarrollado “una relación cercana con Putin”, más eficaz que cualquier embajador.

En el entorno de Putin, la lógica es aún más estructural. Los llamados “oligarcas de Estado” — dueños de conglomerados energéticos o tecnológicos — no sólo financian el aparato ruso, sino que participan activamente en la toma de decisiones. Figuras como Kirill Dmitriev, exbanquero convertido en negociador informal del Kremlin, han sido clave en gestiones sensibles, como el reciente canje de prisioneros con Estados Unidos. Lo que parece un gesto humanitario es, en realidad, un pacto entre poderes paralelos.

Estos actores no responden necesariamente a banderas. Se mueven entre Moscú, Dubái, Nueva York o Viena con la soltura de quienes conocen las costuras del sistema. Son parte de un ecosistema de influencia mutua, donde las fronteras entre lo público y lo privado son deliberadamente difusas. Algunos analistas hablan incluso de una “internacional de oligarcas”: una comunidad informal donde se negocian favores, contratos, inmunidades y acceso. Una geopolítica low profile, pero no menos efectiva





EPÍLOGO HELADO: EL ÁRTICO COMO ESPEJO ESTRATÉGICO

Incluso en los márgenes geográficos del planeta, la afinidad entre Trump y Putin se manifiesta con claridad. Ambos han visto en el Ártico no una amenaza ambiental, sino una promesa geopolítica. Mientras el deshielo inquieta a la comunidad científica, para estos líderes representa una oportunidad: nuevas rutas, más recursos, menos restricciones.

Putin acelera proyectos militares y energéticos en la región; Trump llegó a sugerir la compra de Groenlandia como si se tratara de una extensión natural de la doctrina Monroe. Ninguno de los dos oculta su desdén por la agenda climática global. Para ellos, el deshielo no derrite poder, lo habilita.

DE ÁRBITRO A JUGADOR EN UN TABLERO SIN REGLAS

Durante décadas, Estados Unidos ejerció como el gran árbitro del sistema internacional. No solo dictaba las reglas del juego, sino que también las legitimaba a través de instituciones como la ONU, el FMI o la OTAN. Ese orden liberal, nacido tras la Segunda Guerra Mundial, garantizaba que la voz de Washington se impusiera sobre cualquier disputa global, presentándose como garante de la paz y el comercio. Sin embargo, esa era ha llegado a su ocaso.

Las guerras fallidas en Irak y Afganistán, el auge de potencias emergentes como China y el retorno asertivo de Rusia han erosionado el papel estadounidense como árbitro. Hoy, EE.UU. no arbitra: compite. Lucha por preservar su influencia en un tablero donde otros jugadores —con menos reparos y mayor agresividad— disputan zonas estratégicas, desde el Ártico hasta el Indo-Pacífico. Este tránsito de árbitro a jugador no solo debilita las instituciones internacionales, sino que abre un espacio para la diplomacia de fuerza, donde cada líder impone su narrativa y sus condiciones.

En este contexto, la afinidad entre Trump y Putin no es una anécdota, sino una señal de este cambio de paradigma: ambos representan una geopolítica donde lo que importa no es la legitimidad, sino la capacidad de doblegar al adversario. La multipolaridad que emerge no es equilibrada ni cooperativa, sino fragmentada y marcada por la desconfianza.

¿Hacia dónde nos conduce este mundo sin árbitros? Tres escenarios se dibujan en el horizonte: acuerdos tácitos de esferas de influencia, una escalada de conflictos indirectos o un renacimiento autoritario global. Lo más probable es que convivamos con los tres, en una mezcla de pactos opacos y tensiones constantes.

La gran pregunta, entonces, es inquietante: si ya no hay árbitro, quién decidirá las reglas del juego? Y más aún: ¿qué pasará cuando los jugadores más poderosos se equivoquen en una jugada?

En Zona de Riesgo creemos que este es el desafío crucial del siglo XXI: sobrevivir en un tablero sin mediadores, donde el poder se concentra en pocos despachos y las mayorías quedan al margen de las decisiones que definirán su destino.

EUROPA Y SU CRISIS INVISIBLE: ¿PUEDE UN CONTINENTE FRAGMENTADO SOBREVIVIR A LA MULTIPOLARIDAD?



La productividad industrial horaria en EE.UU. creció un 8,8% entre 2019 y 2024, mientras que solo lo hizo un 0,8% en la eurozona



EUROPA EN EL VAGÓN TRASERO DE LA MULTIPOLARIDAD



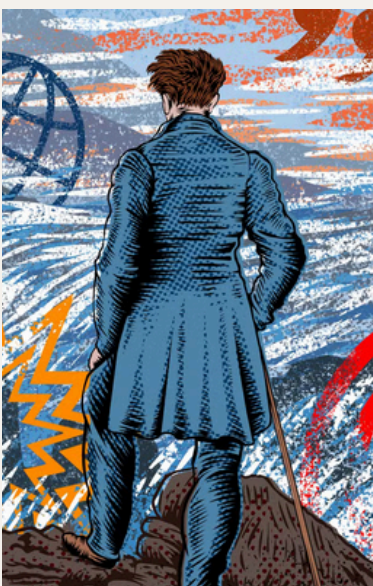
Hay momentos históricos en los que el silencio pesa más que el estruendo. Europa vive uno de ellos. No hay tanques en las calles ni revoluciones a la vista, pero bajo la superficie, el proyecto europeo se agrieta. Ya no por la amenaza de una potencia enemiga, sino por la inercia interna, la falta de rumbo común y la tensión entre discursos de unidad y realidades cada vez más dispares. En tiempos donde la multipolaridad redefine las reglas del poder global, el continente que alguna vez se creyó el centro del mundo parece dudar incluso de su propia existencia política.

Este ensayo busca interrogar una pregunta incómoda pero urgente: ¿puede Europa sobrevivir, como bloque, al nuevo orden mundial sin fragmentarse en su propio laberinto?

Para ello, abordaremos cinco ejes cruciales: el giro electoral en Francia, el pragmatismo húngaro, la dependencia energética alemana, las fisuras en la OTAN y el papel ambiguo de la UE en la guerra de Ucrania. En cada uno se asoma el mismo dilema: ¿unidad o ruptura?

En un mundo de alianzas flexibles, soberanías intermitentes y rutas comerciales cada vez más fuera del control occidental, Europa se enfrenta a una encrucijada histórica. No se trata solo de geopolítica: se trata de su capacidad para sostener un relato común que justifique su existencia como actor relevante.

La siguiente lectura es una invitación a analizar ese relato, con datos actuales y sin prejuicios, desde la perspectiva cruda y compleja que impone la multipolaridad.



FRANCIA: MIGRACIÓN, SOBERANÍA Y EL OCASO DEL CONSENSO LIBERAL

El ascenso del Reagrupamiento Nacional de Marine Le Pen no puede entenderse solo como un giro ideológico, sino como un síntoma estructural de la fractura europea. Francia ya no discute entre izquierda y derecha, sino entre continuidad atlantista o repliegue soberanista. En este escenario, dos ejes definen el nuevo consenso nacional: la migración masiva y la guerra en Ucrania.

En el primer frente, la nueva derecha ha convertido la cuestión migratoria en símbolo de una crisis civilizacional. La saturación de los servicios, la desarticulación del modelo laico y el impacto de flujos demográficos sostenidos desde África alimentan un discurso que ya no se limita al miedo, sino que interpela al Estado como estructura agotada. Propuestas como eliminar el derecho de suelo, inscribir la “preferencia nacional” en la Constitución y suprimir ayudas a migrantes ilegales forman parte de una ofensiva jurídica que desafía directamente a la Unión Europea. La identidad, en esta narrativa, ya no es un valor simbólico: es una frontera política.

En el segundo eje, el conflicto ucraniano ha expuesto las tensiones entre la lógica de bloque (OTAN) y las aspiraciones de autonomía estratégica. Marine Le Pen y Jordan Bardella apoyan a Ucrania, pero rechazan el envío de tropas, armamento ofensivo o la ampliación indefinida de la guerra.

La consigna es clara: ni sumisión a Washington ni concesión a Moscú, sino un pragmatismo de interés nacional. El RN promete retirar a Francia del mando integrado de la OTAN y oponerse a cualquier lógica que subordine la decisión soberana a compromisos automáticos. El objetivo no es el aislamiento, sino reposicionar a Francia como un actor independiente en el mundo multipolar.

Esta nueva doctrina encarna una ruptura con la arquitectura liberal del orden europeo. Ya no se trata de fortalecer a Bruselas o de renovar el eje franco-alemán, sino de desglobalizar la política exterior y recentrarla en la nación.

El riesgo es claro: una Francia que se descentra de Europa puede abrir grietas irreversibles. Pero también es el síntoma más nítido de que el relato europeo está en crisis. La pregunta ya no es si la ultraderecha puede gobernar, sino si el modelo de gobernabilidad actual puede sostenerse sin transformarse radicalmente.





EL PRAGMATISMO HÚNGARO

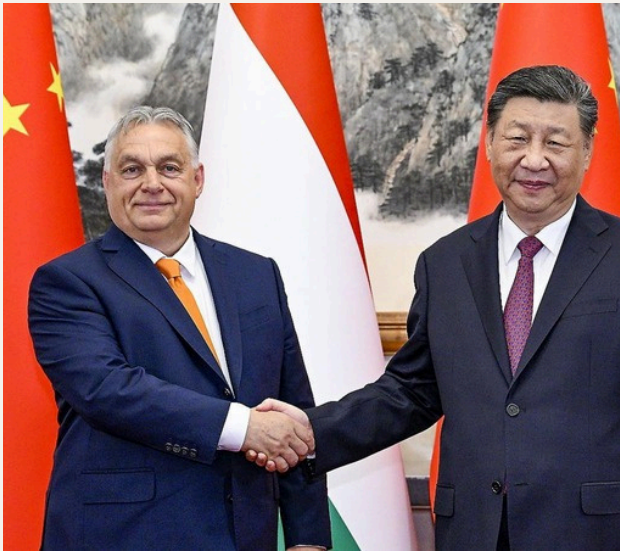
ORBÁN ENTRE ORIENTE Y OCCIDENTE

Mientras Francia se radicaliza, Hungría ya ensaya un pragmatismo nacionalista que incomoda a sus socios occidentales. El primer ministro Viktor Orbán se ha consolidado como un clavo suelto de la UE y la OTAN: por un lado, mantiene a Hungría dentro de la Unión para beneficiarse de fondos estructurales y comercio preferencial; por el otro, cultiva vínculos cada vez más estrechos con potencias no occidentales como Rusia y China.

Desde el inicio de la guerra en Ucrania, Orbán ha desafiado abiertamente la línea dura de Bruselas hacia Moscú. En octubre de 2023, fue uno de los primeros líderes europeos en reunirse cara a cara con Vladimir Putin tras la invasión rusa, en un encuentro celebrado en Pekín y con la orden internacional de arresto contra Putin aún vigente. "Hungría nunca ha querido enfrentarse a Rusia", declaró entonces, dejando en claro que su estrategia exterior no pasaba por alinearse ciegamente con la postura atlántica.

Esa política exterior "multivectorial", definida por varios analistas como "amoral y multipolar", le ha permitido a Budapest jugar en varios tableros a la vez. De acuerdo con MERICS y Rhodium Group, Hungría absorbió en 2024 alrededor del 31 % de la inversión directa china desembolsada en Europa, impulsada por proyectos de baterías y vehículos eléctricos [1]. Al mismo tiempo, Hungría continúa siendo un socio industrial clave para Alemania, lo que refuerza su peso dentro del bloque.

Orbán ha sabido capitalizar esta posición de bisagra. Bloquea o diluye sanciones europeas contra Rusia, ha vetado envíos conjuntos de armas de la UE a Ucrania, y negocia exenciones en embargos energéticos. Todo ello sin romper nunca con Bruselas: necesita sus fondos, pero también le sirve de antagonista para nutrir su narrativa "liberal". Su estrategia demuestra que es posible desafiar los valores y consensos de Occidente desde adentro, y que el precio de la unidad europea es, cada vez más, la tolerancia a las excepciones.



La desconfianza de sus socios de la OTAN no ha hecho más que aumentar. Cada concesión arrancada, cada veto ejercido, cada fotografía con líderes de potencias rivales, refuerza la imagen de un bloque cada vez más vulnerable desde dentro. En la geopolítica de la fragmentación, Hungría no dinamita, pero sí erosiona.

Y esa erosión se vuelve aún más crítica cuando toca al corazón económico del proyecto europeo

LA DEPENDENCIA ENERGÉTICA ALEMANA: LECCIONES DE UNA CRISIS

La guerra en Ucrania destapó una vulnerabilidad estructural de la Unión Europea: su excesiva dependencia energética, particularmente de Alemania respecto al gas ruso. Durante más de dos décadas, Berlín cimentó su competitividad industrial en un modelo basado en energía abundante y barata proveniente del Este. Aquella estrategia colapsó en 2022.

En apenas tres años, la UE redujo drásticamente su dependencia del gas ruso. De representar más del 40% del suministro en 2021, Rusia aporta actualmente menos del 12% del gas consumido en Europa (junio 2025, Eurostat/Bloomberg).

En términos de volumen, las importaciones desde Rusia cayeron de más de 150.000 millones de m³ en 2021 a apenas 45.000 millones en 2024, manteniéndose estables en el primer semestre de 2025.

Europa compensó esta ruptura con un aumento récord en las compras de gas natural licuado (GNL). Noruega sigue siendo el principal proveedor de gas de la UE (33%), seguida de Estados Unidos (21%), Argelia (12%) y Qatar (8%) según datos del Consilium EU. Alemania, por su parte, ha inaugurado cinco terminales flotantes de GNL entre 2023 y 2025, permitiéndole diversificar fuentes, pero a costa de encarecer su estructura energética.



DE GAS BARATO A RIESGO ESTRATÉGICO



Las consecuencias económicas fueron inmediatas. Alemania, la locomotora industrial del continente, entró en recesión técnica en el cuarto trimestre de 2023, con una contracción del PIB del $-0,3\%$, y continúa con crecimiento estancado en 2024 y 2025 (proyección FMI: $0,1\%$). Sectores como la metalurgia, la química pesada y el automotor han visto un retroceso estructural: la producción industrial alemana sigue 8% por debajo de niveles prepandemia, especialmente por el alto costo de la energía.

La dependencia energética se reveló como un talón de Aquiles: Alemania admitió haber confiado demasiado en el gas ruso barato y tuvo que reactivar plantas de carbón y buscar suministros emergentes para pasar el invierno. Para el conjunto europeo, la lección fue dolorosa pero clara.

Si bien la UE evitó el colapso energético en 2022-2023 diversificando proveedores, la seguridad energética sigue en entredicho. Los precios del gas en Europa continúan relativamente altos y sujetos a la volatilidad geopolítica.

Además, nuevos lazos de dependencia se han forjado, ahora con aliados como EE. UU. (hoy segundo proveedor de gas europeo) o con países como Qatar, Argelia y Azerbaiyán. Europa aprendió por la fuerza que su autonomía estratégica pasa también por la energía: acelerar la transición renovable y reforzar interconexiones internas son imperativos si el continente quiere emanciparse de las presiones externas en el futuro.



TENSIONES DENTRO DE LA OTAN: UNIDAD ALIADA EN ENTREDICHO

La invasión rusa de Ucrania revitalizó a la OTAN, pero también ha expuesto fisuras entre los aliados que reavivan viejas tensiones. La ampliación hacia el norte ilustró esta dinámica: Finlandia ingresó rápidamente en 2023, mientras Suecia debió esperar hasta 2024 por el veto inicial de Turquía. Ankara condicionó la adhesión sueca a concesiones sobre grupos kurdos, demostrando cómo un solo miembro puede bloquear consensos estratégicos de la Alianza. Aunque finalmente Turquía levantó el veto y Suecia se convirtió en miembro, el episodio dejó huella sobre la fragilidad de la unidad aliada. Del mismo modo, Hungría dilató su ratificación en sintonía con su propio tira y afloja con Bruselas, una politización de la OTAN que incomodó a muchos socios.

La guerra en Ucrania también tensó debates sobre el rumbo estratégico. Los aliados del flanco oriental (Polonia, países bálticos) exigen mano dura y respaldo irrestricto a Kiev, mientras que otros, como Francia o Alemania, han sido más cautelosos en determinados momentos, temiendo una escalada directa con Moscú. Todos coinciden en que Ucrania “pertenece a la familia europea”, pero discrepan en los tiempos y modos de una eventual integración en la OTAN. A mediados de 2024, la cumbre aliada en Vilna reiteró que “el futuro de Ucrania está en la OTAN” pero sin calendario fijo, frustrando a Kiev. La razón de fondo tras esa prudencia salió a la luz a fines de 2024, tras las elecciones en Estados Unidos.

Con la victoria de Donald Trump –crítico de la asistencia ilimitada a Ucrania–, los aliados europeos optaron por no tomar decisiones trascendentales en ausencia de Washington.

En diciembre de 2024, en una reunión de ministros de Exteriores, la OTAN enfrió las aspiraciones ucranianas de adhesión ante el temor de “enfurecer” al nuevo mandatario estadounidense. Diplomáticos admitían en privado que ofrecer a Ucrania un proceso acelerado de ingreso, a un mes del cambio de gobierno en la Casa Blanca, podía provocar un choque con Trump que minara la cohesión aliada. Además, las grandes potencias europeas, Alemania y la propia EE. UU., llevaban tiempo reticentes a prometer la entrada de Kiev para no arrastrar a la Alianza a una guerra directa con Rusia.

Estas tensiones evidencian la dependencia europea de la garantía estadounidense. Los fantasmas de la era Trump –cuando llegó a tildar a la OTAN de “obsoleta”– siguen presentes. La incertidumbre sobre la política exterior de Washington más allá de 2025 empuja a Europa a un delicado equilibrio: reforzar sus capacidades de defensa (con aumentos de presupuesto y proyectos conjuntos) sin socavar la relación transatlántica.





ENTRE LA ILUSIÓN DE AUTONOMÍA Y LA SOMBRA DE WASHINGTON

La noción de “autonomía estratégica” europea, promovida por Francia, contrasta con la realidad de que más del 70% del gasto militar de la OTAN lo aporta EE. UU. y que armas y tropas estadounidenses fueron cruciales para contener a Rusia. En el 75º aniversario de la Alianza, celebrado en 2024, quedó claro que la unidad no puede darse por sentada. Desde Turquía hasta Hungría; desde las prioridades en Indo-Pacífico hasta la respuesta a una posible ofensiva china sobre Taiwán, la OTAN enfrenta debates internos sobre su misión futura.

La guerra en Ucrania unió a Occidente circunstancialmente, pero también subrayó que, en esta coalición, los intereses nacionales a veces divergen. Mantener la cohesión requerirá negociaciones constantes y, sobre todo, un alineamiento más firme de Europa en torno a una política exterior y de seguridad común, para no quedar rehén de los vaivenes políticos al otro lado del Atlántico.

EL ARSENAL ECONÓMICO DE UN ACTOR SIN VOZ

La ruptura energética con Rusia fue solo una parte del costo. La otra —menos visible, pero no menos profunda— ha sido el replanteamiento forzado del papel de Europa en una guerra que no controla, pero que la redefine. Tras más de dos años de conflicto abierto, la respuesta de la Unión Europea ha oscilado entre la firmeza declarativa y la ejecución fragmentada.

En lo económico, Europa ha sido determinante. Pero en lo estratégico, sigue en la periferia. En términos de desembolsos efectivos, Europa ha tenido un papel más activo este año que Estados Unidos. Hasta marzo de 2025, la UE ha transferido cerca de €19 600 millones a través del programa Ukraine Facility, incluyendo pagos recientes de €3 500 millones en abril. En contraste, EE. UU. detuvo la mayoría de los nuevos desembolsos en los primeros meses de 2025 por el bloqueo legislativo tras el triunfo de Trump, incluso canceló parte de la ayuda humanitaria y financiera

Sin embargo, la suma total oculta una asimetría interna cada vez más evidente. Mientras países como Suecia (€1.900 millones), Noruega (€850 millones) y los bálticos lideran el esfuerzo proporcional al PIB, potencias como Alemania, Italia o España han reducido significativamente sus compromisos. Alemania asignó apenas €570 millones en el primer semestre de 2025, un 65% menos que en el mismo período del año anterior. Italia y España se han mantenido casi inactivos, con partidas simbólicas de menos de €25 millones cada una. Esta divergencia no es solo presupuestaria: refleja distintas visiones sobre cómo —y hasta cuándo— continuar una guerra que muchos ya no creen que pueda ganarse en el campo de batalla.

Europa, como bloque, ha financiado hospitales, salarios, escuelas y reconstrucción básica en Ucrania. A través del Fondo Europeo de Apoyo a la Paz y otros mecanismos comunes, ha sostenido el funcionamiento del Estado ucraniano. Pero sigue siendo, en gran medida, un “arsenal económico” subordinado a la voluntad política de Washington. La reciente parálisis del Congreso estadounidense puso en evidencia esa dependencia: durante tres meses, Bruselas congeló nuevas iniciativas militares, esperando señales de la Casa Blanca.

ENTRE EL DEBER Y LA IMPOTENCIA

En el plano diplomático, Europa ha quedado relegada. Los intentos de mediación directa — como los de Macron, Scholz o Michel— nunca lograron articular una vía autónoma de negociación. A estas alturas, cualquier escenario de alto el fuego parece depender menos de Bruselas y más de los equilibrios entre Washington, Moscú y, cada vez más, Pekín.

En definitiva, la guerra en Ucrania demostró dos cosas a la vez: que Europa puede actuar unida cuando se trata de financiar una causa, pero que carece aún de una voz geopolítica propia para conducirla o resolverla.

El precio de esa disonancia se paga en relevancia diplomática y en dependencia estratégica. Mientras el frente militar se estanca y las prioridades estadounidenses cambian, Europa sigue atrapada entre el deber de sostener y la imposibilidad de decidir.

“PEKÍN Y MOSCÚ VEN CADA VEZ MÁS A SUS HOMÓLOGOS EUROPEOS COMO SIMPLES PROXIES DE ESTADOS UNIDOS, CARENTES DE UNA SOBERANÍA SUSTANTIVA.”

QUINCY INSTITUTE FOR RESPONSIBLE STATECRAFT, EUROPEAN HEDGING AS A DIPLOMATIC OPPORTUNITY FOR THE UNITED STATES, 2023.





EUROPA Y SU LABERINTO: ENTRE LA MEMORIA DE LA UNIDAD Y LA LÓGICA DE LA FRAGMENTACIÓN

La Unión Europea se enfrenta hoy a una paradoja histórica: nunca ha sido tan necesaria, pero rara vez ha sido tan frágil. Los cinco vectores analizados —el viraje electoral en Francia, el pragmatismo húngaro, la crisis energética alemana, las tensiones en la OTAN y el rol difuso en Ucrania— no son anomalías aisladas, sino síntomas convergentes de una erosión sistémica. Bajo la superficie de la institucionalidad, el continente vacila ante las exigencias de un mundo que ya no responde a sus coordenadas tradicionales.

El relato de la unidad europea —construido sobre el ideal de la paz, el mercado único y la soberanía compartida— choca con una realidad de soberanías reactivadas, agendas nacionales dispares y dependencias estratégicas no resueltas. La multipolaridad, lejos de ofrecer una oportunidad para afirmarse como un polo autónomo, ha revelado las grietas estructurales del proyecto europeo. Europa habla de autonomía energética, pero calla ante la voladura del Nord Stream. Invoca una voz común en política exterior, pero se fractura ante cada crisis internacional. Sostiene a Ucrania, pero sin poder negociar su destino.

Lo que emerge es una Unión que paga como potencia pero decide como satélite. Mientras otras regiones consolidan alianzas flexibles, corredores estratégicos y vínculos comerciales adaptativos, Europa parece anclada en un diseño institucional pensado para otro tiempo.

Su necesidad de unanimidad, su dependencia del paraguas militar estadounidense, y la incapacidad de articular una diplomacia no subordinada la convierten en un actor que más que anticipar, reacciona.

A esto se suma un desafío interno más silencioso pero igual de corrosivo: la crisis de relato. Las sociedades europeas dudan, no de los beneficios del proyecto común, sino de su horizonte político. ¿Qué significa “ser Europa” en un mundo que ya no gira en torno al Atlántico? ¿Qué sentido tiene una integración que no puede proteger a sus ciudadanos de la guerra, la inflación o el desgaste democrático? La ultraderecha, el repliegue nacionalista, el desencanto electoral, no son solo movimientos tácticos: son respuestas —acertadas o no— a un vacío de propósito.

Europa aún tiene herramientas: una base industrial avanzada, capital humano calificado, redes diplomáticas consolidadas y una memoria histórica que, en otros tiempos, supo transformarse en motor político. Pero la historia no otorga créditos indefinidos. La multipolaridad es una invitación a decidir: fragmentarse o redefinirse; ser periferia de otras potencias o reaprender el arte de pensar estratégicamente como bloque.

El Ártico dejó de ser un rincón olvidado para convertirse en el escenario de una carrera frenética por recursos, rutas y poder. A medida que el hielo retrocede, emergen riquezas estratégicas y nuevas vías comerciales que podrían redefinir el orden mundial. Rusia, EE.UU., China y Europa se disputan este territorio blanco, conscientes de que el futuro geopolítico puede escribirse en el hielo que desaparece.

EXEQUIEL TOMBA

DESHIELO DE PODER

LA CARRERA POR EL ÁRTICO



EL ÁRTICO, NUEVA FRONTERA DE RECURSOS Y RUTAS MARÍTIMAS



Durante siglos fue apenas un blanco en el mapa, un paraje mítico habitado por silencios, hielo perpetuo y leyendas de exploradores que nunca regresaban. Pero el siglo XXI ha convertido ese vacío helado en una frontera estratégica. Lo que antes era inaccesible, hoy se funde bajo el calor implacable del cambio climático, revelando no solo paisajes transformados, sino también riquezas enterradas y pasajes marítimos largamente soñados.

Los casquetes polares retroceden, y con ellos se abre una geografía nueva: reservas de petróleo, gas y minerales críticos comienzan a perfilarse bajo el hielo derretido. Se estima que hasta una cuarta parte de los hidrocarburos no descubiertos del planeta descansan en esta región: un botín energético que reconfigura prioridades y despierta viejas ambiciones.

Pero el deshielo no solo excava. También conecta. A medida que el océano Ártico se libera, rutas como la Ruta Marítima del Norte (que sigue la costa rusa) o el Paso del Noroeste (entre las islas canadienses) prometen recortar en hasta 10 días el trayecto entre Shanghái y Róterdam.

Es un atajo que, para las potencias navieras, vale más que un tratado: menos tiempo, menos costos, más poder.

Así, el Ártico emerge como un tablero doble: por un lado, promesa de riqueza en forma de gas, litio, cobalto y tierras raras; por otro, pasarela geoestratégica que podría cambiar las rutas del comercio mundial. Entre la cooperación heredada del Consejo Ártico y las tensiones crecientes entre Rusia, EE. UU., Canadá, Noruega y China, la región ya no es periferia: es el nuevo centro de un mundo en redefinición.

Este artículo propone una travesía por ese territorio en mutación: un análisis de sus recursos, rutas, actores y conflictos, pero también de las ventanas de entendimiento que aún subsisten en medio del deshielo.

RECURSOS NATURALES: EL GRAN BOTÍN DEL NORTE



Figura 3. Las rutas marítimas del Ártico: la Ruta Noreste, la Ruta Noroeste y la Ruta Transpolar. Fuente.

Bajo la superficie gélida del Ártico, donde durante milenios reinó el silencio de los glaciares, se esconde hoy uno de los tesoros más codiciados del planeta. Bajo el hielo, Rusia custodia la mayor reserva de hidrocarburos aun sin explotar del planeta, pieza central de su estrategia energética hasta 2050. No es casual que Moscú haya convertido al “lejano Norte” en una pieza esencial de su aparato económico: sus actividades por encima del Círculo Polar ya aportan cerca del 20% del PBI nacional.

Pero Rusia no está sola en esa carrera. Desde Alaska hasta Groenlandia, pasando por Noruega y el Ártico canadiense, los gobiernos se han lanzado desde hace décadas a explorar, perforar y prospectar. El Ártico ya no es territorio de balleneros ni cartógrafos: hoy lo ocupan plataformas petroleras, drones de prospección y planes estatales de desarrollo energético. En la península rusa de Gydan, el proyecto Arctic LNG-2 se perfila como una futura superpotencia del gas licuado, capaz de abastecer a Europa y Asia con hasta el 9% de la demanda global hacia mediados de siglo.

El subsuelo ártico, además, no solo ofrece fósiles. Sus entrañas resguardan minerales clave para la transición energética y la tecnología del futuro: níquel, cobalto, molibdeno, platino, tierras raras y metales del grupo del litio. Groenlandia, cuya soberanía se discute en voz baja entre Copenhague, Washington y Pekín, es un ejemplo de esta nueva fiebre mineral. Se estima que su subsuelo esconde uno de los depósitos más ricos del planeta en materiales estratégicos, pero el gobierno local insiste en que cualquier decisión sobre su explotación será soberana. Aun así, los cortejos geo-económicos de China y EE. UU. ya están en marcha.

Este apetito extractivo, sin embargo, choca con el viejo ideal del Ártico como un “espacio de paz y cooperación”. Organismos ambientales y académicos advierten que la apertura sin freno de la región podría provocar una ola de impactos ecológicos y sociales de escala continental. Los expertos insisten: aún si las tensiones geopolíticas no derivan en conflictos armados, la presión sobre los recursos genera una fricción inevitable. Porque en esta frontera blanca no solo se perfora el hielo: también se pone a prueba la capacidad de las potencias para compartir, regular y preservar.



NUEVAS RUTAS MARÍTIMAS: DEL MITO A LA REALIDAD LOGÍSTICA

Durante siglos, los mapas marcaron el Ártico como un laberinto impracticable. Pero hoy, bajo la presión del deshielo, las rutas soñadas por generaciones de marinos comienzan a materializarse. La más emblemática es la Ruta Marítima del Norte (RMN), que bordea la vasta costa rusa del Ártico y promete recortar hasta 9 o 10 días el trayecto entre Shanghái y Róterdam. En tiempos donde cada jornada cuesta millones, ese atajo tiene un valor estratégico incalculable.

Y sin embargo, el entusiasmo choca con la realidad. La navegación ártica sigue siendo un territorio inhóspito. Lejos de los corredores saturados del Canal de Suez, aquí los barcos necesitan rompehielos de apoyo, permisos especiales, tripulaciones entrenadas, seguros elevados y un cumplimiento estricto del Código Polar de la OMI. El frío extremo, los bancos de hielo errantes y la oscuridad total durante el invierno convierten cada travesía en un acto de alta logística y no poca osadía.

TRÁFICO AÚN MARGINAL Y AMBICIONES RUSAS

En la práctica, el tráfico es todavía marginal. La mayoría de los buques que cruzan estas aguas no son portacontenedores, sino transportes especializados en hidrocarburos rusos. Solo un puñado de compañías ha ensayado rutas comerciales: en 2019, por ejemplo, Maersk envió un único portacontenedores adaptado a esta ruta. Desde entonces, el paso no se ha masificado. El Paso del Noroeste canadiense sigue siendo aún más escaso: apenas unas decenas de embarcaciones lo cruzan cada año, en su mayoría cargadas de minerales.

Rusia, por su parte, no se detiene. Invertió miles de millones en puertos árticos, rompehielos de propulsión nuclear y buques de clase hielo. Pero más allá de la narrativa del “pasaje ártico”, el 99% del transporte marítimo actual en esta región se limita a una función: respaldar el desarrollo de gas y petróleo. La ruta existe, sí, pero por ahora sirve más al Kremlin que al comercio mundial.

EL FACTOR CHINO Y LA INCÓGNITA GLOBAL

China observa con cautela. Con su flota científica — como el “Hielo Dragón II” — y dos rompehielos propios, ha comenzado a transitar tímidamente la RMN junto a Rusia desde 2023. Pero lo que le interesa a Pekín no es la ruta en sí, sino lo que transporta: gas natural licuado y crudo ruso. Para Beijing, la ventaja no está en ganar días de navegación, sino en asegurarse un flujo energético seguro, evitando pasos vigilados por Occidente como el Estrecho de Malaca.

En suma, las rutas árticas ya no son un mito, pero tampoco son la autopista global que algunos anuncian. Son, por ahora, vías secundarias en un mapa todavía en formación. Pero en un mundo donde los bloques se endurecen y la logística se militariza, hasta el más remoto de los atajos puede convertirse en la arteria principal del futuro.



DEL PODERÍO RUSO A LA AMBICIÓN CHINA

Si el Ártico es una frontera emergente, Rusia es su imperio consolidado. Con 24.000 kilómetros de costa polar, reservas colosales y la única flota de rompehielos nucleares del mundo, Moscú domina esa geografía helada con una mezcla de planificación a largo plazo y despliegue simbólico. Cada vez que un nuevo rompehielos zarpa desde los astilleros del norte, Vladimir Putin aparece en escena: no es solo una botadura, es un acto de soberanía. En su narrativa estratégica, el Ártico no es una periferia: es el eje que garantiza el futuro económico de Rusia.

Ese compromiso es tangible. Moscú ha renovado bases militares, instalado radares avanzados, desplegado misiles S-400 y reforzado cada rincón de su litoral ártico. No se trata, al menos oficialmente, de una postura ofensiva, sino de proteger una inversión nacional colosal: los megaproyectos de LNG Yamal, Arctic LNG-2 o Vostok Oil, que prometen asegurar ingresos estatales en las próximas décadas. A diferencia de las democracias occidentales, Rusia planifica su expansión sin el vértigo electoral, con una visión geoeconómica que mira al 2050, no al próximo trimestre.

EE.UU. REZAGADO PERO EN FASE DE RECUPERACIÓN

Estados Unidos, en cambio, ha llegado tarde y con limitaciones visibles. Alaska representa menos del 1 % de su PBI, y su flota de rompehielos activos se reduce a un solo barco envejecido. Solo en 2024, Washington redescubrió su flanco norte como pieza del rompecabezas Indo-Pacífico. Su nueva estrategia reconoce, por fin, que el Ártico es una región “militarmente relevante”, no solo un símbolo climático. La Guardia Costera proyecta nuevas unidades, pero el retraso es evidente: no habrá nuevos rompehielos operativos antes de 2030.

Así, Estados Unidos se ve obligado a apoyarse en sus aliados. Canadá, con quien comparte patrullas e inteligencia, defiende con firmeza el Paso del Noroeste como aguas interiores. En años recientes, Ottawa ha endurecido su discurso territorial y reforzado la cooperación militar, aunque sigue apostando por la diplomacia ambiental y el rol de las comunidades inuit. Su estrategia mezcla pragmatismo logístico con sensibilidad social: una combinación escasa en las geoestrategias dominantes.

ALIANZAS Y PRAGMATISMO ALIADO: CANADÁ Y NORUEGA

Noruega, por su parte, juega en otra liga. Pequeño en población pero clave en la arquitectura ártica de la OTAN, equilibra dos frentes: coopera con Rusia en el mar de Barents, mientras vigila cada movimiento de submarinos rusos desde Svalbard. El archipiélago se ha vuelto símbolo de fricción: Rusia ha protestado por las patrullas noruegas, alegando militarización encubierta. Oslo responde con diplomacia y firmeza, recordando que la soberanía sobre Svalbard es suya, pero su enfoque sigue siendo el de la “Alta Norte, bajas tensiones”. En paralelo, sigue perforando el fondo del Barents, combinando inversiones privadas y estándares ecológicos.

CHINA: LA POTENCIA SILENTE PERO CALCULADORA

Y mientras tanto, al otro lado del mundo, China se desliza sigilosa. No tiene litoral ártico, pero se autodenomina “Estado cercano al Ártico”. Desde 2013 participa como observador en el Consejo Ártico, y ha incluido la “Ruta de la Seda Polar” en su gran estrategia de la Franja y la Ruta. Su presencia es más financiera que geográfica: inyecta capital en proyectos rusos como Yamal, coopera con países nórdicos en ciencia polar, y desde 2023 mantiene un corredor de carga regular junto a Moscú por la Ruta del Norte. Pekín entiende que la clave no está en la navegación, sino en la energía. Por eso absorbe un 25–30 % del GNL exportado desde el Ártico ruso. Su lógica es clara: asegurar abastecimiento, evitar cuellos de botella como el Estrecho de Malaca y sentarse, llegado el momento, en la mesa donde se defina la gobernanza de esta nueva frontera.

En esta partida silenciosa sobre hielo derretido, cada potencia avanza sus piezas. Algunas con portaviones, otras con rompehielos. Unas con discursos de cooperación, otras con mapas de radar y contratos de gas. Pero todas entienden que en el Ártico no hay lugar para el azar: lo que está en juego no es solo lo que hay bajo el hielo, sino quién marca el rumbo cuando el hielo desaparezca.



UN PACTO CONGELADO: DEL EXCEPCIONALISMO ÁRTICO AL RESQUEBRAJAMIENTO

Durante años se habló del “excepcionalismo ártico”. Un pacto tácito entre potencias, donde las disputas se congelaban con el mismo hielo que cubría el océano. Ciencia, diplomacia y cooperación ambiental prevalecían sobre la lógica del conflicto. A diferencia de otras latitudes marcadas por tensiones armadas, el Ártico parecía reservado a acuerdos civilizados: protocolos de rescate, foros multilaterales, protección de comunidades indígenas.

Ese equilibrio, sin embargo, comenzó a resquebrajarse tras la anexión de Crimea en 2014, y se quebró definitivamente en 2022. Siete países (Canadá, EE.UU., Noruega, Suecia, Finlandia, Islandia y Dinamarca) suspendieron su cooperación con Rusia en el Consejo Ártico, dejando al foro en una especie de hibernación diplomática. Desde entonces, los canales de diálogo se redujeron y el clima de colaboración dio paso a una nueva fase de sospecha, recalibración y maniobras preventivas.

RECALIBRACIÓN DE FRONTERAS MARÍTIMAS Y DIPLOMÁTICAS

El mapa del norte comenzó a llenarse de zonas grises. Canadá insiste en que el Paso del Noroeste es parte de sus aguas interiores; Estados Unidos lo reclama como ruta internacional de libre navegación. China, desde la distancia, apoya esta última visión, interesada en consolidar una ruta alternativa al canal de Suez que no dependa de autorizaciones nacionales. La tensión también toca Groenlandia: mientras Estados Unidos tantea inversiones estratégicas y China explora proyectos mineros, el gobierno local —entre Copenhague y su propia autodeterminación— intenta resguardar una voz propia en la disputa.

Pero el verdadero pulso se da en el terreno militar. Rusia ha desplegado un collar de bases a lo largo de su litoral ártico, con nuevas pistas de aterrizaje, radares y sistemas de defensa aérea. La OTAN responde desde Noruega con ejercicios conjuntos y refuerzos navales; en Alaska, la Guardia Costera planifica unidades específicas para el entorno polar. En marzo de 2025, Moscú protestó por las patrullas noruegas en Svalbard, alegando violaciones del tratado de 1920. Oslo negó toda militarización y reafirmó su control soberano sobre el archipiélago. Son gestos que no escalan al conflicto, pero tampoco construyen confianza.

COOPERACIÓN RESISTENTE A LA TORMENTA

Y sin embargo, entre las grietas, persisten puentes. Rusia y Noruega continúan cooperando en la gestión de recursos pesqueros en el mar de Barents. Canadá y Estados Unidos comparten patrullas de vigilancia y coordinación logística. Incluso tras la crisis del Consejo Ártico, Moscú promovió la reactivación del Foro de Guardacostas: un espacio civil, no militar, que busca mantener al menos una brújula común.

Desde la perspectiva rusa —y no solo—, un enfrentamiento armado en el Ártico sería una insensatez. Los riesgos logísticos, climáticos y financieros superan con creces cualquier beneficio. Moscú necesita la inversión china para sostener sus megaproyectos energéticos. Y todas las potencias, sin excepción, enfrentan un desafío compartido: un ecosistema en transformación. El deshielo no solo abre rutas, también destruye infraestructura asentada sobre permafrost, obliga a redefinir normas marítimas y exige inversiones en tecnologías de adaptación.



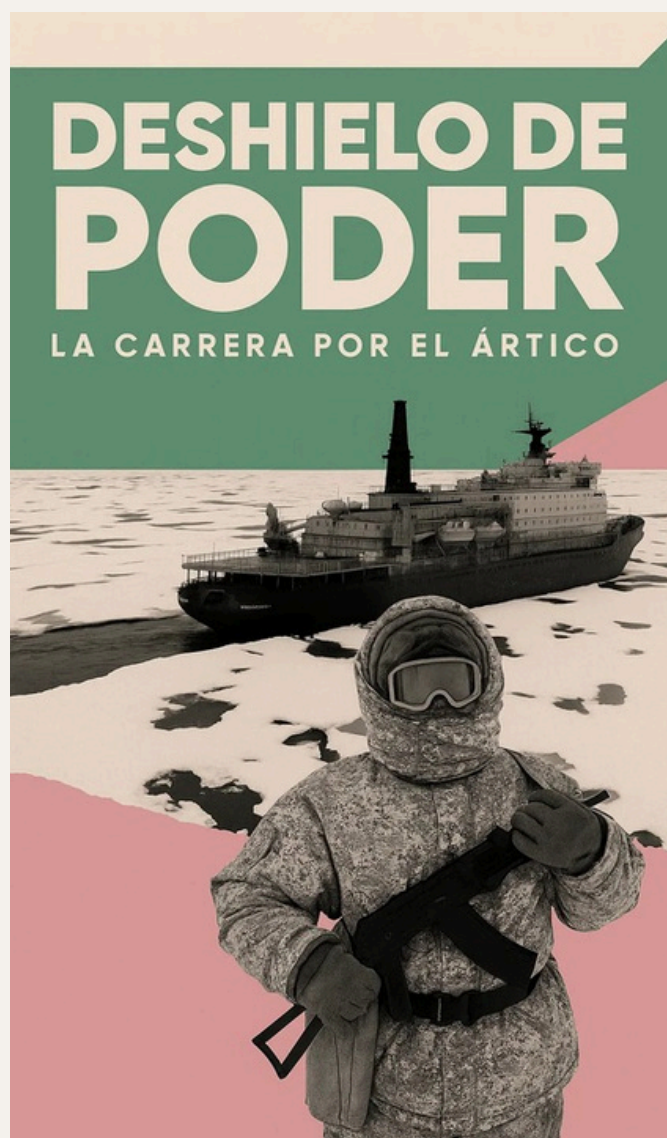


EL GRAN DILEMA DEL ÁRTICO: GOBERNANZA INCLUSIVA O MILITARIZACIÓN

En ese contexto, el Ártico encarna un dilema mayor: cómo gestionar un territorio en transición sin arrastrarlo a las lógicas de militarización que han desgarrado otras regiones. Porque si bien la promesa del “Alto Norte de bajas tensiones” aún sobrevive en los documentos oficiales, la práctica diaria la pone a prueba.

El futuro del Ártico dependerá de una doble habilidad: contener las ambiciones geopolíticas dentro del marco del derecho internacional (UNCLOS, OMI, tratados de protección) y articular una gobernanza que incluya no solo a Estados ribereños y extrarregionales, sino también a las comunidades que han habitado el hielo mucho antes de que llegaran los inversores.

Este será el verdadero termómetro del siglo XXI en el norte: no tanto quién conquista el Ártico, sino quién es capaz de habitarlo sin destruirlo. Porque quizá la última gran frontera no sea de hielo, ni de gas, ni de rutas marítimas. Sea, en cambio, la capacidad de las potencias de convivir en un mundo cada vez más angosto, más caliente... y más interdependiente.



¿ÚLTIMA LÍNEA ROJA? EL DILEMA TAIWANÉS

¿Por qué China no ha recuperado Taiwán aún?
Geopolítica Indo Pacífico y sus actores



POR EXEQUIEL TOMBA

Las costas de Kinmen, fortificadas con barreras antidesembarco, marcan la línea más frágil del pulso entre Pekín y Taipéi en el Indo-Pacífico.





UN CONFLICTO LATENTE EN EL CORAZÓN DEL INDO- PACÍFICO

La madrugada en el Estrecho de Taiwán suele ofrecer una calma engañosa. A babor, destructores de la Armada china repasan la línea media —esa frontera no oficial que Pekín lleva años borrando con vuelos de cazas furtivos J-20—; a estribor, un buque de la Séptima Flota estadounidense patrulla “para garantizar la libertad de navegación”. Sobre la superficie, drones chinos WZ-8 y aparatos de reconocimiento japoneses trazan círculos opuestos; bajo ella, un submarino de ataque nuclear estadounidense de la clase Virginia vigila en silencio.

Cada uno de esos vectores subraya la militarización del estrecho y, al mismo tiempo, hace más apremiante la pregunta latente desde 1949: ¿por qué, pese a su apabullante ascenso, la República Popular China no ha recuperado todavía la “isla renegada”?

Desde 2020 los simulacros de bloqueo, sobrevuelos masivos y prácticas de fuego real se han convertido en rutina alrededor de Taiwán. La sociedad taiwanesa, sin embargo, mantiene un aire de normalidad obstinada. Cafeterías llenas en Taipéi, startups de chips en Hsinchu, surfistas en las playas de Taitung: la cotidianeidad contrasta con los misiles balísticos que ocasionalmente sobrevuelan la isla para caer, como advertencia milimétrica, en aguas próximas a Japón. Cada maniobra del EPL subraya la promesa de Xi Jinping de consumir la “reunificación nacional” antes de 2049, pero ninguna se ha traducido en una invasión.

El enigma se teje con hilos históricos, militares, económicos y diplomáticos que involucran a medio planeta. Desentrañarlos es esencial para entender por qué el Indo-Pacífico permanece en vilo y por qué el futuro de una isla de 36 000 km² puede decidir la arquitectura del poder global.

RAÍCES HISTÓRICAS DE UNA SEPARACIÓN INCÓMODA



DE QING A LA GUERRA FRÍA

Taiwán fue anexionada al Imperio Qing en 1683, cedida a Japón en 1895 tras la primera guerra sino-japonesa y devuelta a control chino al concluir la Segunda Guerra Mundial. El verdadero cisma llegó en 1949, cuando las tropas nacionalistas de Chiang Kai-shek, derrotadas por el Ejército Popular de Liberación, se atrincheraron en la isla y proclamaron que la República de China (ROC) seguía siendo el gobierno legítimo. Desde entonces, dos Chinas compiten por la legitimidad: la continental, comunista; y la isleña, primero autoritaria y hoy democrática.

Mao Zedong planeo con cruzar el estrecho en los años cincuenta, pero la Guerra de Corea obligó a Washington a interponer la Séptima Flota, congelando la contienda. Hubo escaramuzas —los bombardeos de Quemoy y Matsu en 1954-58— pero no asalto anfibio. En 1979, Deng Xiaoping lanzó la oferta de “un país, dos sistemas”; Taipéi desconfió, y la experiencia de Hong Kong terminaría dándole la razón.

LA POLÍTICA DE UNA SOLA CHINA Y LA AMBIGÜEDAD CREATIVA

Durante la Guerra Fría, tras la Resolución 2758 de la Asamblea General de la ONU (1971), que otorgó el escaño chino a la República Popular y expulsó a la República de China, la mayoría de países—incluido Estados Unidos— trasladó su reconocimiento diplomático a la RPC, pero el Taiwan Relations Act (1979) permitió a Washington seguir vendiendo armas defensivas a la isla. Este equilibrio ambiguo, reforzado en 2005 por la Ley Antisecesión china que amenaza con “medidas no pacíficas” si Taiwán declara independencia, ha evitado la guerra sin resolver nada de fondo.

En los años 2008-2016, el presidente taiwanés Ma Ying-jeou firmó el ECFA y abrió el comercio con el continente. El intercambio se disparó, pero no cambió la identidad: hoy más del 60 % de la población se siente ante todo taiwanesa, y el apoyo a una unificación bajo el mando del PCCh roza mínimos históricos. Las elecciones de 2024 ratificaron esta tendencia con la tercera victoria consecutiva de un candidato soberanista.



EL BALANCE MILITAR: POTENCIA EN ASCENSO, RIESGO INCONMENSURABLE

China presume de la armada más numerosa del mundo, dos portaaviones en servicio y otro de catapulta electromagnética en pruebas. Sus misiles hipersónicos DF-17 y DF-27 amplían la burbuja A2/AD más allá de Guam, y sus drones de gran altitud pueden vigilar hasta el último puerto taiwanés. Sin embargo, lanzar una invasión anfibia exitosa sigue siendo “más difícil que el Día D, en el desembarco de Normandía”, según estrategias estadounidenses.

Taiwán ha convertido su geografía en aliada. El estrecho presenta vientos impredecibles y corrientes traicioneras; las costas aptas para desembarco caben en un mapa de una docena de playas; el interior combina cordilleras de 4 000 m con centros urbanos densos que favorecerían la guerra urbana. El Ministerio de Defensa ha extendido el servicio militar obligatorio a 16 meses, almacena misiles antibuque móviles Hsiung Feng III y adquiere lotes adicionales de Harpoon y Stinger.

La ecuación empeora para Pekín si se proyecta la intervención externa. La Séptima Flota patrulla desde Yokosuka; Japón transforma destructores Izumo en buques porta-F-35B y ha duplicado su presupuesto de defensa; Australia se prepara para operar submarinos de propulsión nuclear vía **AUKUS***; Filipinas abre cuatro bases adicionales a rotaciones estadounidenses; y la India refuerza su presencia en el Índico. Cualquier operación china debería desarrollarse a contrarreloj antes de que llegue ayuda, y aun así podría atascarse en una insurgencia prolongada, con un coste político imprevisible para el PCCh.

**AUKUS es una alianza de seguridad trilateral formada en 2021 entre Australia, Reino Unido y Estados Unidos. Su objetivo principal es fortalecer la cooperación militar y tecnológica en el Indo-Pacífico, en respuesta al creciente poder y la influencia de China en la región.*

ECONOMÍA Y CHIPS: EL “ESCUDO DE SILICIO”

Si los satélites espías son los ojos de la estrategia, los chips son su pulso. Taiwán produce cerca del 60 % de los semiconductores globales y el 90 % de los nodos de menos de 7 nm gracias a TSMC. Un conflicto detendría esa cadena de suministro, colapsando industrias desde Detroit hasta Düsseldorf. A la vez, el 37 % de las importaciones chinas de circuitos integrados procede directa o indirectamente de fábricas taiwanesas y surcoreanas.

Pekín necesita estabilidad para alcanzar el “rejuvenecimiento nacional” en 2049. Una guerra cortarías rutas marítimas por las que transita el 40 % de su petróleo y provocaría sanciones occidentales equivalentes —o peores— a las impuestas a Rusia en 2022. El miedo al aislamiento financiero y al desplome de su crecimiento explica por qué la coerción china se expresa hoy en presión diplomática, ciberataques y maniobras “zona gris” más que en fuego real.



LA RED DE DISUASIÓN: ESTADOS UNIDOS Y SUS SOCIOS



Estados Unidos sostiene una ambigüedad estudiada: no reconoce a Taiwán como Estado pero promete que cualquier cambio en el statu quo debe ser pacífico. En la práctica, suministra misiles Patriot PAC-3, asesores militares y una cuota regular de ventas FMS que convierte a la isla en la octava compradora de armas estadounidenses.

Japón considera que “la seguridad de Taiwán es la seguridad de Japón” y prepara misiles Type-12 de alcance extendido capaces de cubrir puertos en Fujian. Corea del Sur, concentrada en Corea del Norte, empieza a intercambiar inteligencia antimisil con Tokyo y Washington. Australia refuerza su costa norte con bases conjuntas, y la India multiplica patrullas en el Estrecho de Malaca para evitar quedar rodeada por el “Collar de Perlas” chino.

En el Sudeste Asiático, la ASEAN profesa neutralidad, pero la línea se fractura: Filipinas concede acceso a bases adelantadas en Luzón; Vietnam estrecha lazos con EE. UU. y adquiere drones israelíes; Singapur se ofrece como hub logístico para P-8 Poseidon. Pekín observa con recelo esta telaraña, consciente de que un error puede desencadenar una intervención multinacional.

IMPLICANCIAS GLOBALES

La tensión en torno a Taiwán alimenta una carrera armamentística: Japón aspira al 2 % del PIB en defensa, Corea del Sur desarrolla misiles de 1 000 km, Australia apuesta por submarinos SSN; hasta países tradicionalmente reacios, como Nueva Zelanda, revisan su postura estratégica. Cada sobrevuelo arriesgado entre un caza chino y un avión de patrulla estadounidense acerca el riesgo de un choque involuntario que ponga a prueba la diplomacia de crisis.

En mercados, la sola mención de una “cuarta crisis del Estrecho” dispara el precio de los seguros marítimos y hunde las tecnológicas. La industria global de semiconductores estudia la “friendshoring” hacia Arizona, Dresde o Kumamoto, pero replicar el ecosistema taiwanés costará años y miles de millones.

Geopolíticamente, el pulso por la isla articula bloques: EE. UU., la UE y las democracias del Indo-Pacífico refuerzan declaraciones conjuntas; China intensifica el eje Moscú-Teherán y corteja al Sur Global con inversiones. Incluso la OTAN menciona a China como “desafío sistémico” en su nuevo Concepto Estratégico, señal de que el conflicto ha dejado de ser regional.



TAIWÁN, EL ESPEJO FRÁGIL DEL SIGLO XXI: PAZ EN SUSPENSO, GUERRA AL ACECHO

La promesa de Xi Jinping de consumir la reunificación antes de 2049 no es solo una meta histórica: es también una prueba de fuego para el modelo político y económico chino. Pero esa ambición se estrella contra una aritmética compleja: una ofensiva militar contra Taiwán sería costosa hasta la ruina, provocaría un aislamiento diplomático que pondría en riesgo las rutas comerciales y podría desencadenar sanciones capaces de frenar el ascenso de Pekín. Frente a este dilema, China parece apostar por una estrategia de desgaste a largo plazo: estrangular el margen diplomático de Taipéi, realizar bloqueos parciales como ensayos de asfixia y emplear la guerra informativa para desestabilizar el tejido interno de la isla.

Taiwán, por su parte, asume su papel de “puercoespín” geopolítico: endurece su defensa, diversifica alianzas, y eleva su carta más valiosa, el “escudo de silicio”, que convierte a su industria tecnológica en un salvavidas para las economías más poderosas del planeta. No es solo su soberanía lo que está en juego, sino la estabilidad de un orden mundial donde las cadenas de suministro global dependen del equilibrio en el Estrecho de Formosa.

Para el resto del mundo, Taiwán funciona como un espejo incómodo: si el conflicto se resolviera por la fuerza, abriría la puerta a la revisión violenta de fronteras en otras latitudes, desde el Mar Negro hasta el Ártico. Pero si resiste gracias a la disuasión y el consenso internacional, prevalecerá la idea de que los cambios en el statu quo solo pueden ser negociados, no impuestos.

A julio de 2025, la única certeza es la incertidumbre. El Indo-Pacífico vive en una pausa tensa, donde un error de cálculo —un misil disparado por accidente, una escalada naval mal medida— podría incendiar la década. El destino de los 23 millones de taiwaneses trasciende sus costas: es el péndulo que oscila entre la paz y la tormenta, entre el orden que conocemos y un siglo XXI marcado por el riesgo de colisiones entre gigantes.



CIERRE EDITORIAL

UN TABLERO SIN REFUGIOS

Del Ártico que se derrite al Indo-Pacífico en tensión, pasando por una Europa atrapada entre la multipolaridad y su propia fragmentación, este número de Zona de Riesgo confirma algo evidente: el poder ya no espera consensos, se impone a golpes de fuerza económica, tecnológica y militar. La carrera armamentista avanza mientras las democracias parecen anestesiadas; sin embargo, el costo de no participar será más alto que el de involucrarse.

Si algo nos deja este recorrido —del dilema taiwanés a la alianza tácita entre Trump y Putin— es la urgencia de una ciudadanía activa, capaz de cuestionar las narrativas oficiales y exigir transparencia a quienes toman decisiones en su nombre. En un tablero donde las élites negocian a puerta cerrada, la vigilancia pública se convierte en la única herramienta para frenar la deriva hacia conflictos que no elegimos pero que nos afectan a todos.

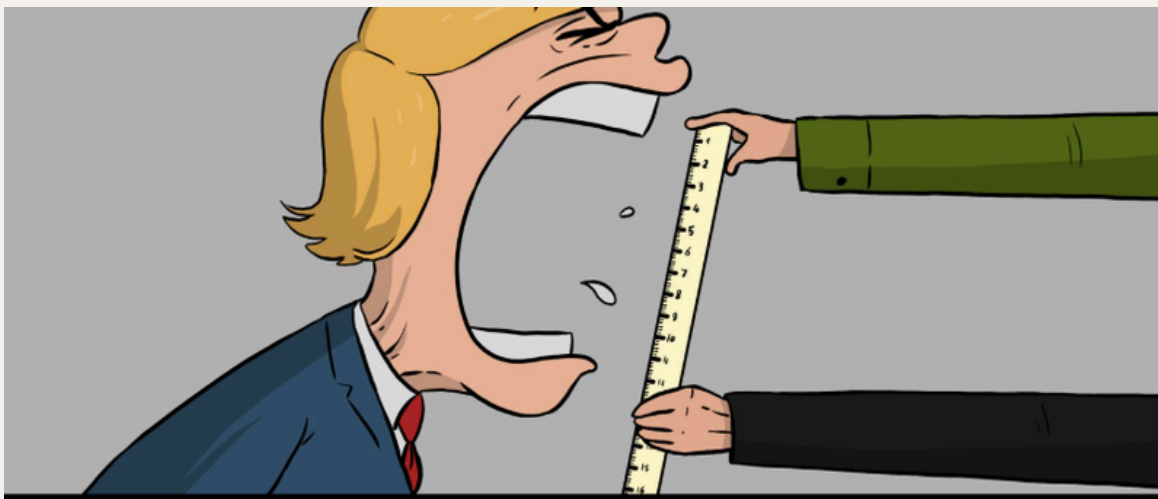
Zona de Riesgo seguirá observando, analizando y desafiando estos relatos de poder. Pero el verdadero cambio no vendrá solo de comprender el mundo, sino de atreverse a intervenir en él, aunque sea desde la trinchera más modesta: la de un ciudadano informado, crítico y dispuesto a preguntar lo que otros prefieren callar.

El poder se fortalece en el silencio de las mayorías. Si este contenido te ayuda a ver el tablero con otros ojos, ayúdanos a seguir publicando. Tu apoyo hace que la resistencia informada sea posible.



EL MUNDO EN VIÑETAS

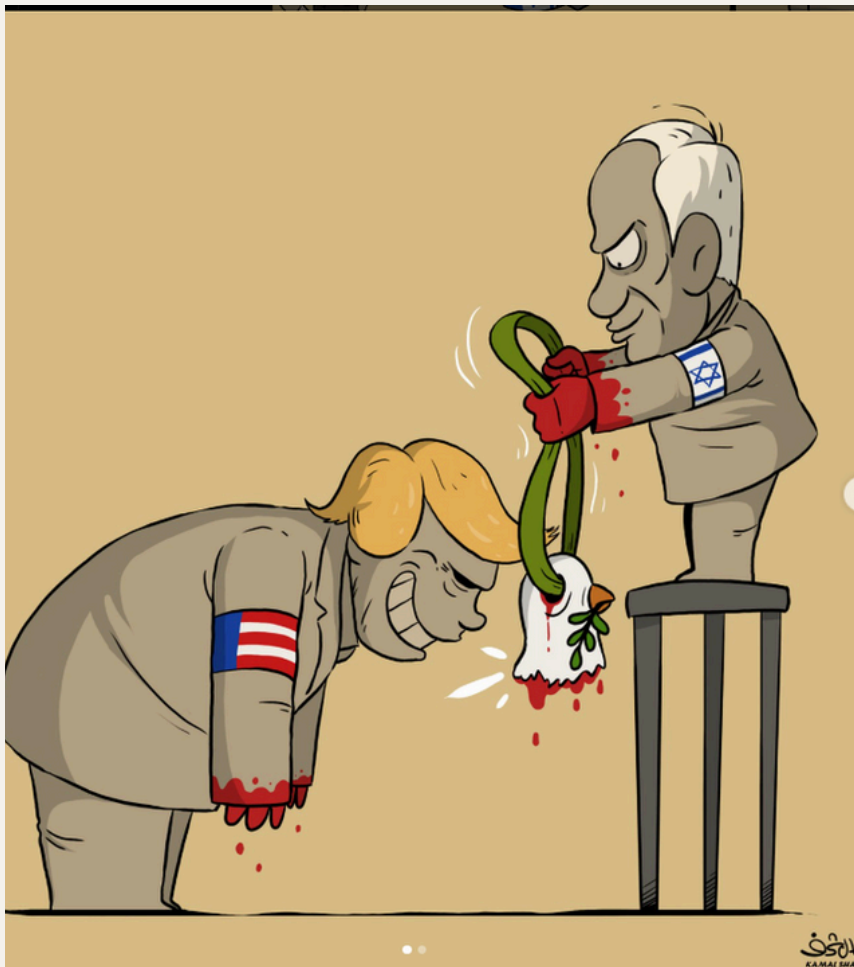




EL MUNDO EN VIÑETAS



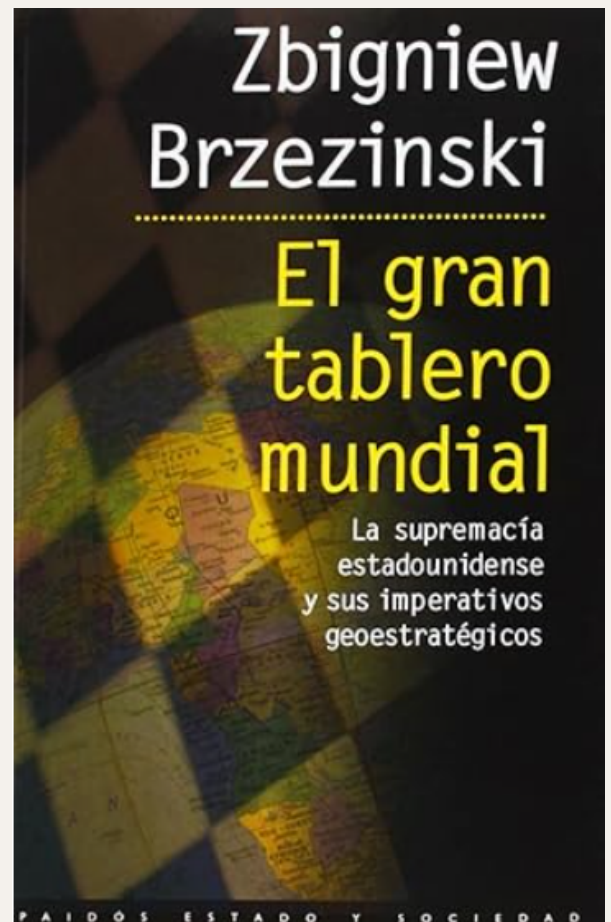
Hechos por :
[@kamal_sharaf_1978](#)
[@tjeerdroyaards](#)
[@cartoonmovement](#)
[@bjenningsuk](#)



LECTURA ESTRATÉGICA DEL MES: EL GRAN TABLERO MUNDIAL ↘

En tiempos en que la multipolaridad redefine el orden global, pocas obras resultan tan esenciales como *El Gran Tablero Mundial* de Zbigniew Brzezinski. Publicado a finales de los 90, este libro se ha convertido en una guía para entender la lógica de las potencias en Eurasia, el espacio geopolítico más codiciado y disputado del planeta. Brzezinski — ex asesor de seguridad nacional de Estados Unidos — desmenuza, con una frialdad quirúrgica, cómo Washington puede mantener su supremacía global y evitar el ascenso de un rival hegemónico en el corazón del continente euroasiático.

Lo que hace fascinante a esta obra no es solo su análisis del poder, sino su vigencia: los escenarios que plantea resuenan hoy en conflictos como Ucrania, las tensiones en el Mar de China Meridional o la pugna por los corredores energéticos. *El Gran Tablero Mundial* no es una lectura cómoda ni complaciente; es una invitación a mirar el mundo desde las alturas del poder real, donde los mapas pesan más que los discursos.



ZONA DE RIESGO

ZONA DE RIESGO no es un producto de actualidad: es una herramienta de lectura estratégica.

En un entorno saturado de titulares, ruido y opinión instantánea, este proyecto existe para hacer lo contrario: ralentizar, ordenar y exponer las estructuras de poder que operan detrás de los hechos.

Nada de lo que publicamos responde a agendas coyunturales ni a métricas de viralidad. La independencia editorial no es una consigna: es una condición operativa. Y sostenerla tiene un costo.

Quienes apoyan ZONA DE RIESGO no lo hacen como gesto simbólico, sino como toma de posición. Apoyar este proyecto es invertir en criterio, en análisis no alineado y en una comunidad que entiende que el mundo no se explica en 280 caracteres.

Si compartís esta forma de leer la realidad, podés acompañar el proyecto como lector-suscriptor o mecenas.

Del mismo modo, ZONA DE RIESGO establece alianzas selectivas con instituciones, medios y organizaciones que comprendan el valor del análisis riguroso y la comunicación responsable. No buscamos volumen: buscamos coherencia.

Este número cierra aquí.

El conflicto, no.

Nos reencontramos en la próxima edición.



WWW.ZDRGGLOBAL.COM
CONTACTO@ZDRGGLOBAL.COM

